

“Evangelii gaudium”: una iglesia pobre y para los pobres

Fernando García Cadiñanos

Facultad de Teología del Norte de España
Sede Burgos

Resumen: La exhortación post-sinodal del Papa Francisco “La alegría del Evangelio” pretende ser la hoja de ruta para la Iglesia en esta nueva etapa de evangelización que se inicia. Dentro de sus propuestas, destaca la importancia que da a la dimensión social de la fe y más concretamente de la primacía de los pobres como elemento fundamental de la evangelización. El artículo pretende escudriñar las claves personales que se vislumbran en el documento por las cuales el Papa empuja a esta preocupación, además de presentar las razones y los aspectos fundamentales que habría que cuidar y que conlleva este estilo evangelizador para dar cumplimiento a lo que supone un auténtico sueño (en la tradición bíblica).

Palabras clave: Caridad política, evangelización, justicia, Papa Francisco, poor.

Abstract: The Pope Francis’ post-synodal Exhortation “The joy of the Gospel” claims to be the roadmap for the Church in the new era of evangelization that begins. Among its proposals, it is remarkable the importance given to the social dimension of faith and more specifically the primacy of the poor as an essential element of evangelization. This article aims to scrutinize the personal clues that surface in the document by which the Pope promotes this concern, and also the rationale and fundamental aspects involved in this evangelizing style to implement what implies a real dream (in the biblical tradition)

Keywords: Political charity, evangelization, justice, Pope Francis, poor.

1. EL PAPA TIENE UN SUEÑO

El papa Francisco comenzó su pontificado, en aquel encuentro con los periodistas que habían cubierto el Cónclave, con una frase que arrancó el aplauso del auditorio: “¡Cuánto desearía una Iglesia pobre y para los pobres!”. Respondía a su experiencia durante el cónclave en el que el cardenal Hummes le dijo nada más ser elegido: “No te olvides de los pobres”¹. Hoy podríamos decir que ese deseo que allí manifestó nos lo ha explicado en lo que supone su documento programático, especialmente en el cuarto capítulo de la Exhortación *Evangelii Gaudium*². En cierto sentido, y permítaseme la imagen, nos encontramos ante la exposición de un sueño que bien podría relacionarse con la tradición bíblica en la que Dios expresa su voluntad a través de los sueños. La imagen del sueño, que el propio papa utiliza en la Exhortación³, se me antoja mucho más sugerente que la palabra “objetivo” con la que se adornan nuestras prácticas pastorales actuales. El objetivo indica sobretodo eficiencia, protagonismo humano, metas inmediatas... El sueño, por el contrario, expresa un anhelo profundo inspirado por Dios, es fundamentalmente apertura a la acción del Espíritu, es confianza en la Providencia que dirige nuestro actuar. Y esa me parece que es una de las claves para la comprensión del documento: la primacía de Dios, la “primacía de la gracia” (EG 112) que dirige y guía a la Iglesia.

Esa primacía de Dios nos ayuda a penetrar en la misma dinámica con la que Él actúa y que tiene a los pobres como prioridad en su amor. Por eso, no extraña que la centralidad de los pobres sea una línea trasversal a toda la exhortación⁴, pero que se desarrolla ampliamente en el capítulo cuarto. Este lleva por título la dimensión social de la evangelización, y en él se desentrañan las raíces irrenun-

¹ Francisco, *Encuentro con los representantes de los medios de comunicación* (16-marzo-2013).

² Id, *Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium del Santo Padre Francisco a los Obispos, a los presbíteros y diáconos, a la personas consagradas y a los fieles laicos sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual* (24-noviembre-2013).

³ *Evangelii Gaudium* 27 y 192 se refiere a ese sueño que el papa va desglosando y ofreciendo a todos los creyentes con el ánimo de compartirlo y animarlo.

⁴ La palabra pobre o palabras relacionadas aparece en la exhortación 85 veces, por lo que consideramos que es una de las claves fundamentales de lectura que ayuda a la comprensión del documento. Sin embargo, es curioso que no se pare a definir qué entiende por pobre, aunque se descifra perfectamente que se está refiriendo a todo aquel que depende de alguien, especialmente desde el punto de vista económico.

ciables de la dimensión social de la fe. Recuperar esta dimensión ha de derivar en redescubrir la proyección estructural y política de la fe⁵, colocando la inclusión social de los pobres y la paz social como horizonte fundamental en nuestra misión eclesial. De esta manera, se reflexiona y proponen abiertamente las innegables relaciones que existen entre la evangelización y la promoción integral de la vida humana. De todos es sabido que es un tema que tiene un amplio recorrido en la teología inmediatamente postconciliar. Y es una cuestión especialmente desarrollada en la Iglesia latinoamericana de donde procede el papa. No en vano, el documento de Aparecida del que Bergoglio fue redactor, dedica el capítulo octavo a desentrañar las relaciones entre Reino de Dios y promoción de la dignidad humana. Por eso, *Evangelii Gaudium* se puede considerar como un eco de ese documento de Aparecida: lo será en cuanto a las temáticas (la liberación integral, la conversión pastoral, la opción por los pobres, el sentido comunitario) pero lo será fundamentalmente en cuanto al estilo y las formas (estilo positivo, de salida y de misión, de anuncio gozoso del Evangelio)⁶.

Fiel al estilo comunicador del papa, tan porteño, utiliza una frase tipo slogan, capaz de captar la atención del oyente, para resumir toda esta compleja temática antes señalada. "Una Iglesia pobre y para los pobres" (EG 198) es el sueño que el papa nos presenta a toda la Iglesia para caminar en esta nueva etapa evangelizadora (EG 1)⁷. Tiene, por tanto, una voluntad programática que ha de tener consecuencias importantes en el quehacer eclesial (EG 25). En el fondo, pertenece a la hoja de ruta que nos indica el estilo que no puede

⁵ J. I. Calleja, "Al evangelio de Jesucristo por la justicia social, hoy", *Iglesia Viva* 257 (2014) 37-57; Id, "La teología social de Francisco", *Lumen* 63 (2014) 57-85.

⁶ Junto al Documento de Aparecida, *Evangelii Gaudium* resuena también, y mucho, a Pablo VI. Bien podemos decir que su teología está fuertemente presente en este escrito. Tres serán los documentos que estarían en la base: por una parte *Gaudete Domino* que dedicaba a la alegría cristiana; por otra, *Eclesiam Suam*, su documento programático, y que presenta el diálogo, como lo hace Francisco en el cuarto capítulo, como instrumento para la paz social; por último, *Evangelii Nuntiandi*, el manual del evangelizador, que indica las claves de lo que ha de ser una evangelización integral.

⁷ Es curioso que el papa prefiere situarnos más en una nueva etapa evangelizadora que en el paradigma de la nueva evangelización que utilizó sobre todo Juan Pablo II. En el texto se utiliza once veces la expresión "nueva evangelización" pero siete lo hace en contextos que recuerdan el Sínodo o con un carácter poco significativo. La expresión "etapa evangelizadora" aparece en cuatro ocasiones. Ello nos hace pensar que, según él nos encontraríamos ante una nueva etapa del mismo proceso evangelizador que continua siempre, aunque es diverso por las circunstancias especiales que tiene que afrontar.

faltar en la Iglesia de Cristo, el horizonte que debe alimentar la esperanza que se hace historia (EG 181), el deseo que suscita estilos, iniciativas y estructuras nuevas para caminar, el compromiso donde se verifica efectivamente el crecimiento espiritual en el camino de la fe (EG 179)...

Todo este sueño para nuestra Iglesia se enmarca y hunde sus raíces en lo que se expresa en el primer capítulo de la exhortación: la clave de la misión, la clave de la salida, la clave de tener las puertas abiertas, la clave de hacernos presentes en las periferias existenciales (EG 46)... Con ese punto de partida, se comprende también el horizonte, el porqué la Iglesia, aún dirigiéndose a todos, tiene como destinatarios privilegiados de su acción a los pobres y a los enfermos, a los que suelen ser despreciados y olvidados. En el fondo, porque vivir el seguimiento de Jesús pasa irrenunciablemente por los pobres ya que “existe un vínculo inseparable entre nuestra fe y los pobres” (EG 48).

Pero, ¿por qué tiene este sueño el papa Francisco para la Iglesia? Es decir, ¿cuáles son las claves personales que le hacen al papa tomar conciencia de esta afirmación multiseccular? Seguro que todos nos hemos preguntado al recordar un sueño, las razones por las que nos han venido a la mente esas imágenes que no podemos controlar en nuestro subconsciente. También hoy podríamos hacernos esta misma pregunta y tratar de desvelar qué ha podido suscitar en el papa Francisco su deseo de construir una Iglesia pobre y para los pobres. Sin duda, que en la exhortación postsinodal⁸ encontraremos algunos desarrollos que nos ayudarán a encontrar el camino recorrido por el papa a la hora de alcanzar esa certeza. Me gustaría subrayar tres con el ánimo, no solo de escudriñar hipotéticamente el corazón del papa, sino con el propósito de suscitar en la Iglesia ese mismo camino que derive en el empeño por realizar su mismo sueño:

a) *La clave de la escucha-encarnación*

En primer lugar, el sueño de una Iglesia pobre y para los pobres lo tiene una persona que hace de su vida una constante escucha⁹. El verbo “escuchar” es conjugado cincuenta y cinco veces en el do-

⁸ Aunque no aparece el título de postsinodal, sino que es exhortación apostólica, el hilo de lectura es el Sínodo celebrado en 2012 aunque, según muchos testigos, muy reinterpretado.

⁹ En la entrevista en *La Civiltà Cattolica* de 2013 afirma que uno de sus errores a los inicios de sus periodos de gobierno fue precisamente el de no saber

cumento en sus diferentes formas, lo que nos da una de las claves fundamentales para la evangelización. Soñar con una Iglesia pobre y para los pobres requiere saber escuchar, detenerse a oír el clamor y las aflicciones de las personas que viven junto al evangelizador (EG 187). En ese sentido, nos encontramos ante una persona, el papa Francisco, que no es un teólogo de escritorio (EG 133), que no se encierra en su palacio al margen de su pueblo (EG 113) como si fuese un príncipe que vela por su gente desde arriba (EG 271). En efecto, la conversión al pobre solo surge cuando se corre el riesgo de encontrarnos con el rostro cercano del otro, con su presencia física que siempre interpela (EG 88), cuando se toca y se siente la carne dolorida de Cristo que sigue vivo en la Iglesia de los pobres. Percibimos a un pastor que tiene pasión por su pueblo (EG 268) y que, por eso, no ha evitado entrar en contacto las miserias humanas, es decir, con las llagas más sangrantes del cuerpo de Cristo en su Iglesia (EG 270). Es lo que a diario hemos visto con sus gestos que han dicho más que mil palabras¹⁰. Apreciamos su tarea que rompe el cerco del individualismo que nos atenaza, y viviendo en medio de su grey (EG 31), conoce y comparte la realidad sangrante de sus contemporáneos.

¿Cómo es esta realidad que se describe en clave de deshumanización en el capítulo segundo? Como luego nos detendremos, es una realidad marcada por un cambio de época y que sufre las injusticias provocadas por un sistema económico injusto: un sistema que está hoy expulsando sistemáticamente a infinidad de personas, no a los márgenes de la sociedad, sino fuera (EG 53). Descubrimos en sus palabras las de un profeta que conoce las muchas reivindicaciones sociales que, en todos los lugares del mundo, se levantan hoy como signo de una paz social frágil y vulnerable. Son demandas que, en sus propias palabras, "tienen que ver con la distribución del ingreso, la inclusión social de los pobres y los derechos humanos" (EG 218).

Pero la cercanía y escucha que apreciamos en las palabras y en los gestos del papa Francisco están marcadas por su espiritualidad jesuítica. Hace suya una de las claves fundamentales de la misma: es alguien que mira, que observa, que vive desde la clave del discernimiento¹¹ (EG 16). Se trata de una actitud creyente que quiere percibir los susurros de Dios en la historia trepidante de la humanidad.

escuchar, el ejercer el gobierno de una manera autoritaria y personalista. Según él, ese error ahora ha sido corregido y lo ejerce de una manera más colegial.

¹⁰ Ahí están sus primeras salidas fuera del Vaticano: a la isla de Lampedusa y al Centro de Refugiados de la ciudad de Roma llevado por los jesuitas.

¹¹ En nueve ocasiones aparece la palabra discernimiento en el documento.

Nace del convencimiento de que Dios no está lejano al mundo, sino que ha puesto su tienda entre nosotros y que se ha esposado con la humanidad en la que ha dejado, no solo semillas de su presencia, sino su misma presencia encarnada (EG 68). Es el convencimiento de que lo que no es asumido, no puede ser redimido, por lo que la Encarnación es el estilo propio del quehacer cristiano. Para alcanzar esto es fundamental dar un estilo concreto incluso a la oración, enriqueciéndola con la realidad vivida y convirtiéndola en contemplación y plegaria de intercesión al Padre (EG 281).

Toda esta espiritualidad de la escucha le permite superar dos obstáculos permanentes en todos los tiempos: la de evadir la presencia incómoda de los pobres, porque siempre nos cambian los planes, y la de cercenar dinámicas sociales que reafirman la invisibilidad social de los mismos. Por el contrario, saber mirar, tocar y escuchar hace que los pobres se presenten ante nosotros como un factor de riqueza que condiciona nuestra humanidad y nuestra vida cristiana¹².

Esta espiritualidad favorece también una Iglesia en diálogo que promociona el diálogo en una sociedad cada vez más plural y diversa: el primer camino para el diálogo pasa por la escucha activa, atenta y valorativa del interlocutor. El diálogo es la línea transversal de *Eclesiam Suam* que tanto resuena en este documento¹³, pero también es la clave fundamental para superar tantos conflictos que provocan inestabilidad social y a los que el papa se refiere (EG 238-258). En todos ellos, esta espiritualidad de la escucha facilita el diálogo porque se cimenta en la estima, en la simpatía y bondad, en el respeto de la dignidad y libertad ajena y se orienta a la exclusión de toda condena apriorística.

b) *La clave bíblica-revelación*

En segundo lugar, el sueño de una Iglesia pobre y para los pobres lo tiene una persona que lee mucho la Sagrada Escritura, especialmente el Evangelio. Pero es una lectura *sine glossa* (EG 271), sin lecturas ideológicas o edulcorantes, superando la tentación de la rutina y la costumbre que repite mecánicamente pero sin incidencia real en su vida concreta y en la de las comunidades que pastorea

¹² En ese sentido habría que recordar las palabras de Benedicto XVI quien afirmaba que los pobres nunca han de ser considerados un fardo, sino una gran riqueza (CV 35).

¹³ J. Espeja Pardo, "Nota sobre la Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium", *Ciencia Tomista* 140 (2013) 523-528.

(EG 179). Las más de doscientas citas bíblicas que se recuerdan en el texto, vislumbran que nos encontramos ante un oyente de la Palabra, que está familiarizado personalmente con ella y que la acoge en su vida con un corazón dócil y orante para poder así iluminar la vida de los demás (EG 149-150). Porque, como nos recuerda el papa, la Palabra de Dios que manejamos y proclamamos en la Iglesia está plagada de pasajes que despiertan el asombro del oyente y, por ello, conmueven el corazón y las entrañas, al descubrir la grandeza de un Dios que hace causa de los pobres y que invita a sus seguidores a desarrollar la fraternidad y la justicia que Él ha iniciado como semilla. En efecto, las exhortaciones bíblicas "invitan con toda contundencia al amor fraterno, al servicio humilde y generoso, a la justicia, a la misericordia con el pobre" (EG 194). Y es que la lectura fiel del Evangelio nos sitúa necesariamente del lado de los pobres. Porque "el Evangelio invita ante todo a responder al Dios amante que nos salva, reconociéndolo en los demás y saliendo de nosotros mismos para buscar el bien de todos" (EG 39). Todo lo que nos aleje de esta dinámica, correrá el riesgo de perder la frescura evangélica y dejará de tener el auténtico "olor a Evangelio" que ha de predicar la Iglesia. Solo la vuelta al Evangelio más puro y genuino es lo que nos permitirá descubrir los caminos de conversión más elocuentes a recorrer en el mundo actual (EG 11).

En efecto, la línea transversal que recorre el Antiguo Testamento no es otra sino la de la búsqueda de "la justicia y el derecho". El acontecimiento por excelencia de la antigua alianza será un acontecimiento liberador, un hecho profundamente histórico que sucede en la historia y que constantemente es recordado y actualizado por el pueblo de Israel. La clave religiosa será leída desde este acontecimiento liberador que nos acerca al rostro auténtico de Dios. Lo mismo acontece en el Nuevo Testamento con la muerte y resurrección liberadora de Cristo que también sucede en la historia y que nos introduce en una dinámica de liberación integral¹⁴.

Apoyándose en todo esto, el papa Francisco no hace sino ser fiel a la línea renovadora del Concilio Vaticano II que supuso una vuelta a la Escritura como elemento clave desde donde construir la teología y la moral. En efecto, ella es "el alma de la toda la teología" (OT 16) y ha de estar vivamente presente en el pensar y actuar de la Iglesia. Por eso, no extraña que cada una de las afirmaciones fundamentales

¹⁴ F. J. Vitoria Cormenzana, *Una teología arrodillada e indignada. Al servicio de la fe y la justicia*, Santander 2013, 47-120.

del documento comience siempre y se sustente en alguna referencia bíblica que fundamenta sin tapujos los caminos de Dios.

En concreto, ¿cuál serían los argumentos que en la Escritura aparecen para animar la urgencia del compromiso de la caridad por los más pobres como señal distintiva de la misión de la Iglesia? El papa recuerda tres claves (EG 179). En primer lugar, la Palabra nos enseña que Jesucristo se ha unido de una manera misteriosa con todos los hombres por el misterio de su Encarnación, especialmente con los más pequeños y débiles. De esta manera sabemos que todo lo que hagamos a uno de estos más pequeños, a Él mismo se lo hacemos. En segundo lugar, porque lo que hagamos con los demás, adquiere una dimensión trascendente al comprometerse el mismo Dios a utilizar con nosotros la misma medida que usemos con los hermanos. Por último, la urgencia de la caridad es la respuesta lógica al descubrimiento del amor previo de Dios que nos ama y nos libera; es decir, estamos llamados a ser compasivos como nuestro Padre del cielo es compasivo.

Sin embargo, en línea con Aparecida y con algunos modelos de moral social¹⁵, la clave evangélica que va a utilizar para fundamentar la importancia de una Iglesia implicada netamente en lo social, especialmente con los más pobres, va a ser la categoría Reino de Dios. Sin duda que el Reino de Dios, como resumen de todo el evangelio de Jesús, nos permite explicar y orientar adecuadamente todo este urgente compromiso (EG 180). Todos sabemos que la enseñanza de Jesús comienza con la proclamación de que el Reino de Dios está cerca (Mt 4, 17). En el fondo, el elemento unificador de toda la vida de Jesús es hacer presente el Reino. Sus parábolas, sus enseñanzas, sus gestos, sus milagros... son signo inequívoco de que el Reino de Dios está ya entre nosotros. El actuar de Jesús profundamente humano y preocupado por el bien integral del hombre es la visibilización del Reino. Por eso, ante este acontecimiento de gracia que supera la expectativa humana, la respuesta lógica es la conversión y la acogida del mismo. En esta dinámica de extensión del Reino ha de situarse la Iglesia, instrumento privilegiado para hacer presente el Reino de Dios. Su vocación es la de ser vehículo para que ese Reino se proyecte en la vida de los hombres. En esa perspectiva se entiende su compromiso de escuchar y asistir a los clamores de los pobres (EG 187).

Pero, ¿qué es el Reino y qué consecuencias tiene con la historia real humana? Ese Reino no es otra cosa sino dejar a Dios que reine

¹⁵ E. Albuquerque, *Moral Social Cristiana. Camino de liberación y de justicia*, Madrid 2006, 61-74.

entre nosotros. Y cuando eso sucede, las consecuencias son inmediatas también en la vida social que se convierte así en ámbito de fraternidad, de justicia, de paz, de dignidad para todos. No quiere decir eso que haya una identificación entre progreso humano y establecimiento del Reino (que no hay que olvidar que tiene un carácter escatológico), pero lo incluye. Por eso, invocar esta categoría evangélica impide lecturas cómodas, intimistas, privaticistas o espiritualistas con que tantas veces nos hemos acercado a la fe; y colocaría a esta adecuadamente en el ámbito de lo público y de lo social (EG 88). Y es que la auténtica fe implica "un profundo deseo de cambiar el mundo" (EG 183), por lo que ha de comprometerse en la lucha por una vida buena que consiga el verdadero desarrollo "de todos los hombres y de todo el hombre" (EG 181). Este criterio, que bien podríamos calificar de holístico y universal, ha de permanecer como horizonte en la acción evangelizadora de la Iglesia. Así entendemos mejor la evangelización, que es la dicha de la Iglesia. Por eso no cabe mejor definición para la evangelización que la que da el papa Francisco: Evangelizar no es otra cosa sino "hacer presente en el mundo el Reino de Dios" (EG 176).

c) *La clave cristológica*

En tercer lugar, el sueño del papa de una Iglesia pobre y para los pobres no surge únicamente de un espectador que tiene actitudes de escucha ante el mundo y ante la Palabra. Sin duda, como ya hemos visto, es el fruto de una experiencia personal del Dios de Jesucristo que obra con su gracia y con su misericordia liberando y sanando el corazón humano (EG 188).

Repetidas veces hoy se ha apuntado que el problema de incredulidad de nuestro mundo no tiene como raíz el ateísmo sino la idolatría. En ese sentido cada creyente se ha hecho una imagen de Dios que le acomoda: como a Dios no podemos conocerlo del todo, nos hacemos imágenes que nos ayuden a comprenderlo mejor. Pero es bueno que esas imágenes, de vez en cuando, las cuestionemos y las purifiquemos a la luz de Cristo, revelador auténtico de Dios. Acercarse a Cristo nos ayudará a sanar estas imágenes que, como deformaciones, impiden una correcta experiencia religiosa y están en la raíz de muchos conflictos de fe¹⁶.

¹⁶ J. M^a Mardones, *Matar a nuestros dioses*, Madrid 2007.

El Dios que nos revela Jesucristo es un Dios que no nos adormece en nuestra cómoda paz interior. Lejos de tendencias escapistas y tranquilizantes, el Dios de Jesús nos pone en una dinámica liberadora. Por eso, la respuesta de la Iglesia es insertarse en ese “camino luminoso de vida y sabiduría” (EG 194), prolongar esa acción previa que Dios realiza en cada creyente y en la que Él solo tiene el protagonismo principal (EG 12). No debemos olvidar que Dios siempre “primerea” (EG 24).

La preocupación por los pobres no responde, pues, a oscuras estrategias vinculadas a afanes proselitistas, ni es fruto de ideologías, intereses políticos o modas pasajeras, sino que es consecuencia lógica de la experiencia de un Dios Misericordioso que se encarna en Jesucristo y se estremece ante el sufrimiento humano actuando en clave de liberación. Se trata, pues, de llevar a Cristo, de ofrecer su vida que colma en plenitud la vida de los hombres (EG 49). El compromiso por los pobres surge de la unión con Cristo, de unirse a ese proyecto de amor que Dios tiene para la historia humana y que llena de alegría el corazón del hombre. Solo desde esta clave cristocéntrica puede entenderse auténticamente la acción social de la Iglesia: unidos a Cristo prolongamos la salvación de Cristo en su cuerpo herido. En ese sentido, no hay que ver la acción social de la Iglesia como fruto de unas exigencias morales externas que agobian aún más el espíritu humano: más bien es introducirnos en la dinámica de donación que hemos experimentado en Dios mismo y que nos lleva a la plenitud humana (EG 8). Además, enraizados en la experiencia liberadora de Dios, la preocupación por los pobres y oprimidos encuentra su sentido más pleno y su fundamento más alto, como demuestra el testimonio de los misioneros. Por tanto, soñar una Iglesia pobre y para los pobres es fruto del conocimiento de un Dios que siendo rico se hizo pobre, vivió pobre y optó por los pobres (EG 197).

2. UN SUEÑO QUE HA DE HACERSE REALIDAD

En *La vida es sueño*, nuestro gran Calderón afirmaba: “¿Qué es la vida? Un frenesí. ¿Qué es la vida? Una ilusión, una sombra, una ficción; y el mayor bien es pequeño; que toda la vida es sueño, y los sueños, sueños son”. No es este el cariz del sueño del papa. Su sueño de una Iglesia evangelizadora de lo social y buena noticia para los más pobres tiene una marcada invitación a la acción. Esa es una de las

características del documento que recuerda también el estilo monniano¹⁷: su estilo directo, tremendamente práctico... No pretende ilustrar y debatir sobre ideas, sino que lo que quiere es movilizar, despertar las conciencias para la acción. Su intención no es quedarse en un mero sueño que despierte el entusiasmo colectivo de algo bello pero inalcanzable. Su voluntad es provocar eficazmente al compromiso y a la acción. La finalidad inequívoca del papa es, por tanto, que el sueño no se quede en sueño sino que se haga realidad. No se trata, por tanto, de hacer un bello documento, otro más, para ser comentado en sesiones académicas que buscan la grandilocuencia de los comentaristas sin verdadera incidencia práctica (EG 201). No se trata de incrementar el número de reuniones infecundas o de discursos vacíos (EG 207), ni de elaborar aparatos conceptuales que complican lo que se descubre como simple y evidente (EG 194): se trata de acoger *sine glossa* el propio Evangelio. Lo que se busca es la conversión pastoral, porque "no se pueden dejar las cosas como están" (EG 25). La provocación no es únicamente para los otros, para la Iglesia institución que también ha de sentirse tocada, sino que es una invitación a todos y cada uno de los cristianos que personal y comunitariamente han de desentrañar caminos que acojan esta renovada propuesta de renovación y fermento de lo social. Todos estamos llamados a "preocuparnos por los pobres y por la justicia social" (EG 201).

Pero volvamos a profundizar un poco más: ¿a qué se debe este inusitado interés por hacer de los pobres el centro de la evangelización? ¿Por qué recordar la dimensión social que tiene la evangelización? Quizás podamos responder comprendiendo el contexto en el que nos trata de introducir la exhortación. La urgencia de llevar adelante ese sueño se asienta en una razón fundamental que va resonando y desprendiéndose a lo largo de todo el documento: estamos en un momento en el que tenemos que ir a lo central. La exhortación nos sitúa en una nueva etapa misionera en la que no podemos perdernos en aspectos secundarios que pueden hacernos despistar de lo que constituye el núcleo duro del mensaje a transmitir y vivir. En esta lógica y en esta dinámica, que es en la que nos pone en todo momento el documento, de lo que se trata es de ir a lo esencial "que es lo más bello, lo más grande, lo más atractivo y al mismo tiempo lo más necesario" (EG 35). En ese contexto es donde introduce la dimensión social de la fe y la preocupación por los pobres desde la

¹⁷ Pablo VI, especialmente en *Populorum Progressio*, tiene ese mismo carácter de querer actuar, de invitar a actuar porque podemos cambiar el rumbo de la historia.

caridad (EG 177). Y en ese sentido se deduce una afirmación: la dimensión social de la fe pertenece al corazón de la evangelización, la lucha por la justicia pertenece a ese núcleo central.

¿Cuáles serían las consecuencias si olvidáramos esta dimensión social de la evangelización? En el documento se nos señalan algunas. En primer lugar, no estaríamos ante el auténtico cristianismo. Es cierto que hoy existen y se desarrollan propuestas religiosas e incluso cristianas que se alejan de un Jesucristo sin carne ni compromiso con el otro. Es cierto que ante esa sed de trascendencia que hoy existe, como en todos los tiempos, se pueden recorrer caminos de ofertas religiosas que pasan por la paz y la quietud espiritual, pero que no mejoran ni se implican en la humanización de nuestro mundo. Pero hay que decir abiertamente que ninguna de ellas representa el camino auténtico iniciado por Jesucristo. La fe en Él no solo llena de vida y de paz, sino que convoca fielmente a la comunión y humanización de nuestro mundo (EG 89).

En segundo lugar, porque si lo social no se encuentra presente, desfiguraríamos “el sentido auténtico e integral que tiene la misión evangelizadora” (EG 176). En este sentido continua el magisterio del papa Benedicto que había recordado en *Deus Caritas est* y en *Caritas in Veritate* la primacía de la caridad en la vida cristiana y su lugar insustituible junto con la liturgia y *koinonia*. Se inserta también en la dinámica postconciliar que había debatido largamente sobre los innegables nexos existentes entre evangelización-salvación-promoción humana-lucha por la justicia. Evangelizar es un proceso complejo que convoca e integra una pluralidad de acciones y tareas, entre las cuales se halla la promoción humana y social.

En tercer lugar, traicionaríamos el propio Evangelio. Hacer que el sueño de una Iglesia pobre y para los pobres se haga realidad es, como ya hemos señalado repetidas veces, cuestión de fidelidad evangélica con vistas a no correr en vano la carrera de la vida (EG 193). En la exhortación se nos invita, asumiendo desarrollos propios de las teologías de la liberación, a no contentarnos con cuidar la “ortodoxia” sino a recorrer caminos de “ortopraxis”: “no nos preocupemos sólo por no caer en errores doctrinales, sino también por ser fieles a este camino luminoso de vida y de sabiduría” (EG 194).

Por último, lo que está en juego es la propia credibilidad eclesial. Si esta opción decidida por lo social no se realizara, las consecuencias conllevarían la propia disolución: “cualquier comunidad de la Iglesia, en la medida en que pretenda subsistir tranquila sin ocuparse creativamente y cooperar con eficiencia para que los pobres vivan

con dignidad y para incluir a todos, también correrá el riesgo de la disolución, aunque hable de temas sociales o critique a los gobiernos" (EG 207).

3. HOJA DE RUTA PARA CUMPLIMENTAR ESTE SUEÑO

Hemos afirmado hasta ahora el contexto en el que surge el sueño del papa y las razones teológicas que lo sostienen. Damos un paso más y tratamos de precisar algunos principios que habrá que desarrollar y cuidar, tanto en la vida eclesial como en la vida social, para que el sueño vaya tomando forma y haciéndose realidad. No se trata tanto de hacer más cosas en un desborde activista (EG 199): la invitación del papa no es tanto a hacer, sino a crear una nueva cultura (la inculturación del evangelio) (EG 132-134), un cultura que transforme los actuales sistemas políticos, económicos y sociales para hacerlos más humanos y dignos del hombre¹⁸. En ese sentido profundiza en la dimensión social de la fe. En este proceso se insistiría en las siguientes claves:

a) *En un mundo plagado de inequidad, el bálsamo de la misericordia*

Nos encontramos en una sociedad que tiene, en palabras del papa, la inequidad como "la raíz de los males sociales" (EG 202). Se trata de un concepto relativamente nuevo en el lenguaje social de la Iglesia, muy vinculado a Aparecida y quizás al lenguaje latinoamericano. ¿Qué significa el concepto de inequidad? Desde el punto de vista bíblico, nos recuerda al juez inicuo que recoge Lucas, curiosamente el evangelista más sensible a las diferencias sociales (Lc 18, 1-8). Desde el punto de vista terminológico, inequidad es una manera de calificar moralmente la desigualdad, que es una característica de nuestra sociedad. El término inequidad considera que dichas diferencias son fruto de la injusticia que reina en las relaciones sociales. Por tanto, no es la desigualdad producida por las lógicas diferencias humanas, sino que es la consecuencia de prácticas y estructuras que

¹⁸ U. M. Marsich, "Mensajes éticos de la Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium", *La Cuestión Social* 22 (2014) 47-61; M. Vidad, "Sobre la Evangelii Gaudium de Francisco y su dimensión moral", *Lumen* 63 (2014) 87-100.

provocan injustamente las diferencias sociales, la existencia de los pobres. Se hace pues, una valoración moral y una invitación a situarse ante la pobreza: la lucha contra la misma no nos puede dejar indiferentes ante sus causas que han de ser combatidas.

¿Cómo salir de esta situación de injusticia, qué caminos tendríamos que ir abriendo para buscar un poco de luz? Desde luego que la salida no es la violencia, que es la lógica que surge inevitablemente en ese caldo de cultivo (EG 59). La propuesta que el papa hace es invocar y recrear la potencialidad de la misericordia. Retomando la doctrina de Sto. Tomás¹⁹, el papa recuerda que “en sí misma la misericordia es la más grande de las virtudes ya que a ella pertenece volcarse en otros y, más aún, socorrer sus deficiencias. Esto es peculiar del superior, y por eso se tiene como propio de Dios tener misericordia, en la cual resplandece su omnipotencia de modo máximo” (EG 37). La Palabra de Dios está plagada de páginas que nos hablan de la misericordia de Dios y que nos invitan igualmente a la misericordia (EG 193). Es más, la entera historia de la salvación es obra de la misericordia y de la gracia primera de Dios. Dios es el que “primerea” con su misericordia en la que nos envuelve y a la que nos envía (EG 24). En efecto, la misericordia etimológicamente significa tener un corazón abierto a los que pasan necesidad. Se trata, por tanto, de una actitud que nos dirige a estar atentos y abiertos a la diferencia, a la desigualdad, a la vulnerabilidad y al sufrimiento humano. En ese sentido, supera la misma justicia pues la integra. Es más: la misericordia es la forma concreta que toma la justicia de Dios, de modo que en Él no hay contradicción entre justicia y misericordia; es por medio de la misericordia que Dios hace justicia, acogiendo a las víctimas del mal y del sufrimiento en el mundo y reparándolas con su amor, y siendo a la vez perdón y misericordia con los victimarios. Prescindir pues de este principio de la misericordia sería traicionar el Evangelio. La Iglesia no puede sino escuchar este Evangelio de la misericordia y ser instrumento privilegiado para acercar al mundo este don de Dios. Ella está invitada a ser “lugar de la misericordia gratuita” (EG 114).

Con esta insistencia en la misericordia, que se convierte en clave interpretativa de la nueva acción eclesial, no se hace sino profundizar en el giro realizado en los últimos años en el seno de la doctrina social²⁰. Hasta ahora había sido la justicia el eje vertebrador para el

¹⁹ Sto. Tomás está mucho más presente en el pensamiento del papa Francisco que S. Agustín, que era el referente del pensamiento de Ratzinger.

²⁰ J. I. Calleja, *Los olvidos sociales del cristianismo. La dignidad humana desde los más pobres*, Madrid 2011.

desarrollo de la dimensión social de la fe. Ahora se insiste mucho más en la misericordia como forma especial de la caridad. Sin duda que ello es debido también del redescubrimiento de la misericordia como principio fundamental de la teología²¹, al hilo de la revalorización de la Revelación como fuente de la misma.

b) *En un mundo marcado por el individualismo, la oferta de la solidaridad*

En el análisis que el papa hace de nuestro mundo, nos encontramos con una segunda nota a la que se da cierta relevancia: es una sociedad donde se ha desvanecido el "compromiso comunitario" (Cap. II) y "tiende a desarrollarse un nuevo paganismo individualista" (EG 195) similar a las corrientes culturales de los inicios del cristianismo. ¿En qué consiste este? Fundamentalmente en el exacerbamiento del individuo, considerándole como ser autónomo, sin vínculos con los demás y relegando de este modo su naturaleza social. En efecto, parece que en los tiempos actuales se "debilita el desarrollo y la estabilidad de los vínculos entre las personas" (EG 67). Todo ello desemboca en un panorama social que está caracterizado por la huida hacia el consumo de los compromisos con el otro: vivimos en una sociedad de la indiferencia, donde la cultura del bienestar nos ha anestesiado ante los sufrimientos ajenos (EG 54). Es una sociedad marcada por la división de los seres humanos y por el enfrentamiento de unos contra otros en la salvaguarda y lucha por el propio bienestar (EG 99).

Pero esta tentación individualista puede alcanzar también a la vivencia religiosa. En ese sentido, están de actualidad formas religiosas desencarnadas que, buscando la paz y la tranquilidad individual, alienan de la vida concreta y de los compromisos sociales ineludibles que se solicitan de un alma religiosa (EG 89). Incluso esta tentación se introduce en el seno de la propia Iglesia, buscando un cristianismo de devociones más que de prácticas de caridad (EG 70) o una vida evangelizadora que sea excesivamente respetuosa con los espacios de autonomía individual (EG 78)²².

En este ambiente que es caldo de cultivo para la exclusión social, el segundo camino que el papa nos propone para hacer realidad su

²¹ W. Kasper, *La misericordia. Clave del Evangelio y de toda la vida cristiana*, Santander 2012.

²² J. M. Mardones, *Recuperar la justicia. Religión y política en una sociedad laica*, Santander 2005.

sueño es la senda de la solidaridad. ¿Cómo la define? La define como una actitud permanente que ayuda a crear una nueva mentalidad “que piense en términos de comunidad” (EG 188). No se trata, por tanto, de meros actos esporádicos de generosidad. Se trata de alentar y animar una “mística de vivir juntos, de mezclarnos, de encontrarnos, de tomarnos de los brazos, de apoyarnos” (EG 87) para que la globalización que nos ha acercado realmente se convierta en una experiencia de gozo y humanización.

Pero, ¿es difícil despertar esta lógica de la solidaridad en el ser humano que vive en esa situación? Frente al pesimismo antropológico de algunas filosofías actuales, desde una clave antropológica que concibe al ser humano en clave de sociabilidad, es más bien fácil. Podemos decir que pensar en perspectiva comunitaria está inscrito en el mismo ADN del ser humano. De hecho, recurriendo a la experiencia personal, todos nosotros descubrimos en el fondo de nosotros mismos que “salir de sí mismo para unirse a otros hace bien. Encestrarse en sí mismo es probar el amargo veneno de la inmanencia” (EG 87). Por eso, también reconocemos que “la vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento y la comodidad” (EG 10). Es urgente, por tanto, asumir esta lógica de la solidaridad porque, cuando se vive desde el nosotros, ella misma se multiplica renovando las estructuras y devolviendo así al pobre lo que le corresponde (EG 189). Incluso los derechos humanos han de ser enriquecidos desde la nueva lógica de la solidaridad. Una lectura individualista de los mismos (en clave liberal) nos haría entrar en luchas fratricidas por su mantenimiento. Sin embargo, “para hablar adecuadamente de nuestros derechos necesitamos ampliar más la mirada y abrir los oídos al clamor de otros pueblos o de otras regiones del mismo país” (EG 190).

En ese empeño por hacer plausible la solidaridad contamos también con la experiencia de la comunidad cristiana. En efecto, la Iglesia puede aportar mucho al establecimiento de esta solidaridad en el mundo. De hecho, los cristianos están llamados a vivir su fe en comunidad, de manera que sea sal de la tierra y luz del mundo (EG 92). Quizás lo más genuino de la fe cristiana sea esa índole comunitaria que no ha de ser robada en este tiempo. De hecho, allá donde se ha cristalizado en una cultura, percibimos que esta se ha expresado en términos de solidaridad “que pueden provocar el desarrollo de una sociedad más justa” (EG 68). Desde luego que esta dinámica humanizadora de la fe no extraña para nada. En los oídos abiertos del evangelizador resuenan permanentemente las palabras del Maestro: “Dadles vosotros de comer” (EG 49). Es un mandato de responsabilidad y de compromiso de “cuidar a los más frágiles de la tierra”

(EG 209). Por eso, la fe cristiana se expresa siempre en términos de solidaridad, hasta el punto de vincular su ejercicio con una buena relación con el propio Dios (EG 187).

- c) *En una cultura del descarte y del mero beneficio particular, el principio de la dignidad de cada persona y del bien común*

Vivimos hoy en una sociedad marcada fuertemente por los factores económicos. La economía ha desplazado a otras instituciones que ocuparon en su día el puesto central para la inclusión social. Además, el sistema económico vigente produce muerte y exclusión. Las palabras del papa son duras al describir sus efectos: "se considera al ser humano en sí mismo como un bien de consumo, que se puede usar y luego tirar. Hemos dado inicio a la cultura del descarte que, además, se promueve. Ya no se trata simplemente del fenómeno de la explotación y de la opresión, sino de algo nuevo: con la exclusión queda afectada en su misma raíz la pertenencia a la sociedad en la que se vive, pues ya no se está en ella abajo, en la periferia, o sin poder, sino que se está fuera. Los excluidos no son explotados sino desechos, sobrantes" (EG 53). La raíz que provoca estos efectos es que nos encontramos ante un sistema que niega la primacía del ser humano y que se postra en adoración ante el nuevo becerro de oro que es el dinero. Este ídolo falso reclama sus víctimas: los pobres y excluidos (EG 55). Es un sistema que, por encima de la persona, privilegia una lógica donde lo que prima es "la autonomía absoluta del mercado y la especulación financiera" (EG 56) y que tiene como objetivo el máximo beneficio individual alejándose de miras comunitarias o personalistas.

Los efectos de esta situación son evidentes. Nos encontramos con una sociedad fuertemente fracturada (hoy se habla de una sociedad dual), donde algunos gozan de privilegios y donde los muchos "sobreviven como pueden" (EG 218). Ciertamente que esta situación no puede ser calificada como pacífica, aunque no suenen pistolas ni cañones. El conflicto social es evidente, y reconocerlo es un paso para su correcto tratamiento. Nos encontramos aquí con una auténtica novedad en un documento magisterial. Hasta ahora se había abordado el conflicto en términos especialmente de violencia, de guerra, de huelga... pero el aspecto global de la paz social no había sido tenido suficientemente en cuenta. Se abre aquí una perspectiva nueva.

Es en este contexto de conflictividad donde el papa hace mención de dos principios básicos de la moral social, que hoy tienen que ser recuperados para integrar a los pobres. “La dignidad de cada persona humana y el bien común son cuestiones que deberían estructurar toda política económica” (EG 203). Es interesante este recordatorio que hace a estos principios, en los que básicamente se puede resumir el actuar moral en sociedad: porque no se trata de grandes generalidades, sino que conlleva incidencias concretas en las situaciones de la vida práctica (EG 182). En ese sentido, se recuerda la fuerte vinculación entre bien común y política (EG 205) que es el único marco correcto para su comprensión y ejercicio²³. También es interesante la vinculación que el papa hace entre ambos principios, porque uno y otro se necesitan: cuando la dignidad de cada persona se defiende, estamos construyendo el bien común; cuando el bien común orienta el actuar personal y social, incluye el bien de todos y cada uno de los ciudadanos. En las actuales circunstancias ambos principios resuenan como voz profética capaz de iluminar y de construir una sociedad nueva a la medida de las personas donde se produzca la auténtica inclusión y la verdadera paz social (EG 218).

4. UNA CLAVE EN ESTE SUEÑO: LA CLAVE DE LA INCLUSIÓN

El objetivo de una evangelización de lo social es la inclusión de los pobres. Nadie puede quedar al margen de la sociedad, sino que, como una esfera, en la pluralidad de proyectos personales, todos debemos aportar la belleza de nuestra vida para enriquecimiento social (EG 236). En esa clave de la inclusión, auténtico objetivo de esta nueva etapa evangelizadora, todos los esfuerzos han de converger de manera que nada se pierda. Y es que la vida, también el quehacer evangelizador y moral, está conformada por numerosas tensiones de carácter bipolar. Muchas veces estas tensiones se resuelven de manera excluyente, apostando por una y relegando la otra. El papa Francisco quiere que su sueño de una Iglesia que tenga un fuerte compromiso evangelizador en lo social esté marcado por la inclusión, también de las acciones evangelizadoras. Veamos la resolución de alguna de estas tensiones:

²³ R. D'Ambrosio, “La política al servicio del bien común”, *Corintios XIII* 148 (2013) 80-96.

a) *Palabra y obras*

Muchas veces se ha opuesto la palabra y las obras, también en el compromiso por los más pobres. El propio refranero parece renunciar a la palabra a favor de las obras: "menos palabras y más obras"; "obras son amores, y no buenas razones"...También en el campo de la misión se ha insistido en el valor del testimonio sin necesidad de acompañarle con la explicitación de las palabras. La reflexión actual sobre el primer anuncio ha rescatado la importancia de la palabra²⁴. Desde luego que Pablo VI ya había afirmado que no existía auténtica evangelización sin anuncio explícito de Jesucristo²⁵. Pero se ha de reconocer que es difícil unir ambos extremos que, sin embargo, hacen más creíble la obra realizada y la palabra proclamada. En esta línea se sitúa el papa Francisco al afirmar que la dimensión social del Evangelio ha de ser manifestada por todos los cristianos "siempre en sus palabras, actitudes y acciones" (EG 258). Hay tareas, por tanto, en la opción por los pobres que corresponde a la palabra (se trata de hablar, de denunciar, de animar, de ser profetas, de poner voz en sus causas); pero hay otras tareas que corresponden a la praxis (se trata también de curar, de sanar, de prevenir, de transformar...).

b) *Oración y trabajo*

Fue S. Benito el que unió con su *ora et labora* dos aspectos de la vida del evangelizador que muchas veces recorren derroteros que parecen oponerse. Daría la impresión de que son cosas opuestas y, en una sociedad profundamente utilitarista, contaría más el trabajo que la oración de cara al trabajo por los pobres. El documento es claro al respecto: "desde el punto de vista de la evangelización, no sirven ni las propuestas místicas sin un fuerte compromiso social y misionero, ni los discursos y praxis sociales o pastorales sin una espiritualidad que transforme el corazón" (EG 262). Es urgente unir oración y trabajo: oración que derive y llene de sentido el compromiso y la actividad y trabajo que manifieste con hechos el tenor de esa oración.

²⁴ X. Morlans, *El primer anuncio, el eslabón perdido*, Madrid 2012.

²⁵ EN 22.

c) *Amor a Dios y amor a los hombres*

A lo largo de la historia parece como que el amor a Dios y el amor a los hombres se hubieran contrapuesto. A veces se trabaja por la construcción de la ciudad de los hombres, y se prescinde de Dios en la tarea: empeñados por el bien del hombre, acordarse de Dios no aportaría nada sino que, al contrario, reduciría los esfuerzos necesarios por el progreso de la misma. También se producen movimientos contrarios que buscan una religiosidad centrada en Dios que tranquiliza el alma y aleja del compromiso por el progreso humano. A ellos nos hemos referido cuando aludíamos a que se producen, en las actuales circunstancias, intentos de expresión de lo religioso de maneras alienantes y escapistas, que privilegian el amor a Dios olvidándose de los compromisos de fraternidad y solidaridad. En el documento se insiste en que en el cristianismo no cabe una disyuntiva: al unirse Dios a cada hombre, el amor a Dios se expresa en el amor a los hermanos. Por eso, una relación personal y comprometida con Dios nos compromete seriamente con los hermanos (EG 91).

d) *Compromiso personal y compromiso comunitario*

Lo personal y lo institucional es otra tensión que permanece viva en nuestra sociedad: ¿basta el ser buenos cada uno sin cuidar lo comunitario? ¿Qué es primero: el testimonio personal o el testimonio comunitario? El papa también une ambos aspectos y afirma: “cada cristiano y cada comunidad están llamados a ser instrumentos de Dios para la liberación y promoción de los pobres, de manera que puedan integrarse plenamente en la sociedad” (EG 187). Se trata pues de un compromiso evidentemente personal, que supone la capacidad de escucha y de acogida por parte de todos y cada uno de los creyentes para que, integrando a todos, se haga realidad la paz social. Pero se trata también de un compromiso comunitario: es toda la Iglesia la que está llamada a brillar como instrumento de la ternura de Dios para con los hombres, porque ella no es la mera suma de los cristianos sino que es un todo con cierta autonomía, tal y como es hoy percibida por nuestra sociedad. Así se comprende mejor el buen testimonio que deben de dar las instituciones eclesiales, especialmente la parroquia, que, compartiendo la vida misma de la gente, ha de ser el rostro visible de la ternura de Dios (EG 28).

e) *Compromiso de los laicos y compromiso de los pastores*

En la evangelización de lo social, siempre se ha insistido en el papel insustituible de los laicos relegando la tarea de los pastores a lo que se ha denominado la caridad pastoral. Ya Benedicto recordó, sin embargo, que la caridad política es tarea de todos los cristianos²⁶. Y ahora el papa Francisco afirma abiertamente que "todos los cristianos, también los Pastores, están llamados a preocuparse por la construcción de un mundo mejor" (EG 183). El compromiso por el bien común, por tanto, es una tarea que implica a todos los miembros de la Iglesia. Subrayando la tarea de los pastores, se percibe en sus palabras, como en todo el documento, la insistencia que se quiere hacer en el papel del ministerio jerárquico en su contribución al bien común. Su función en este campo de construir un mundo mejor, ciertamente que es diferente de la de los laicos (EG 201), pero también es fundamental: a ellos les compete la tarea de iluminar la realidad, emitiendo desde el evangelio las opiniones y juicios que sobre la vida social afectan a la existencia de las personas y al verdadero desarrollo de las mismas (EG 182). Igualmente, su función es también educativa, pues le compete la misión de guiar (es decir, de abrir el sentido, despertar, orientar...) a la comunidad para que se ponga a la escucha del clamor de los pobres (EG 191). La tarea del laicado es complementaria, propiamente desde el terreno de la política formal, hoy tan necesaria (EG 205). Ambas vocaciones se complementan y se necesitan en la edificación de una ciudad digna del hombre y casa común para los pobres.

f) *Caridad intersubjetiva y caridad política*

Una sana medicina depende de un buen diagnóstico. Y el diagnóstico que se establece sobre la realidad hodierna es que, para ayudar auténticamente a los pobres, de manera que se logre la equidad

²⁶ CV 7: "Todo cristiano está llamado a esta caridad (social o política), según su vocación y sus posibilidades de incidir en la *polis*". Puede consultarse sobre la caridad política. F. Biot, *Teología de las realidades política*, Salamanca 1974; J. I. Calleja, *Discurso eclesial para la transición democrática (1975-1982)*, Vitoria 1988; L. González-Carvajal, *Entre la utopía y la realidad. Curso de Moral Social*, Santander 1998, 216-220; Id., "La caridad política, de ayer a hoy", *Corintios XIII* 110 (2004) 145-162; S. Madrigal, "Arrraigados y cimentados en la Caridad (Ef. 3,17): fundamentos eclesiológicos de la caridad política", *Corintios XIII* 110 (2004) 47-78; J. M^a Mardones, *Fe y política. El compromiso político de los cristianos en tiempo de desencanto*, Santander 1993.

y la inclusión de los mismos en la sociedad, se debe de superar un sistema económico injusto que está generando pobreza. Hoy existen causas estructurales de la pobreza que es preciso afrontar, para no caer en soluciones simplistas que conllevarán a nuevas crisis y deformarían la misma práctica de la fe. Entre esas estructuras el papa habla de “la autonomía absoluta de los mercados y la especulación financiera” (EG 202). Y si el mal se cristaliza en estructuras sociales injustas, no puede esperarse un futuro mejor (EG 59). Por ello, se requiere “tanto la cooperación para resolver las causas estructurales de la pobreza y para promover el desarrollo integral de los pobres, como los gestos más simples y cotidianos de solidaridad ante las miserias muy concretas que encontramos” (EG 188). Se trata, por tanto, de un doble quehacer que no se opone sino que se complementa: la tarea de la caridad asistencial, que socorre las urgencias sufridas en cada momento, y la tarea de la renovación de aquellas causas y situaciones que están provocando exclusión y pobreza. Es justo reconocer que en el documento parece insistirse más en la segunda que en la primera, se subraya más la dimensión estructural de la fe y la caridad. En cierta manera lo hace en línea con el documento de Aparecida, donde se prevenía que, en la actualidad, la misericordia puede utilizarse como un elemento funcional al sistema económico, de tal manera que esta queda desvirtuada y anulada²⁷. Y es que la caridad incluye siempre la justicia y no la anula sino que la plenifica. Sin embargo, no basta con el cambio de estructuras. Siguiendo a Pablo VI que afirmaba que “las mejores estructuras, los sistemas más idealizados se convierten pronto en inhumanos si las inclinaciones inhumanas del hombre no son saneadas, si no hay una conversión de corazón y de mente por parte de quienes viven en esas estructuras y las rigen” (EN 36), también el papa Francisco aboga por llenar dichas estructuras de un espíritu nuevo. Este nace del corazón humano convertido para que estas no se perviertan y vuelvan a tornarse en dinámicas de dolor y de exclusión (EG 189).

²⁷ El documento de Aparecida 385 dice: “La misericordia siempre será necesaria, pero no debe contribuir a crear círculos viciosos que sean funcionales a un sistema económico inicuo. Se requiere que las obras de misericordia estén acompañadas por la búsqueda de una verdadera justicia social, que vaya elevando el nivel de vida de los ciudadanos, promoviéndolos como sujetos de su propio desarrollo”.

5. CONSECUENCIAS PRÁCTICAS DEL SUEÑO

Como se va viendo, el sueño del papa no puede dejar indiferente al quehacer eclesial. Lo va dotando de un estilo, de unas formas, de unas prioridades. Pero también conlleva unas consecuencias prácticas que solo apuntamos²⁸:

a) *La opción preferencial por los pobres*

Una Iglesia pobre y para los pobres hace suya la opción preferencial por los pobres. Esta vuelve a recordarse en un documento magisterial en los términos clásicos de la teología latinoamericana. No es solo opción, sino que recibe el calificativo de preferencial. Eso tiene consecuencias prácticas: supone que la Iglesia ha de eludir caminos de autoreferencialidad para poner a los pobres en el centro del camino de la Iglesia (EG 198). Se podrá decir que el centro de la Iglesia es y debe de ser siempre Cristo: pero no tenemos que olvidar que su presencia se prolonga especialmente en ellos, por lo que estamos llamados a descubrir a Jesús en cada una de sus llagas. La opción por los pobres conlleva, por tanto, una preferencia existencial, teologal, eclesial (EG 207), económica (EG 202-204) y política (EG 205) por ellos. Es decir, la conversión a los pobres supone que ellos sean referencia obligada en el quehacer diario.

Pero colocar en el centro a los pobres no surge porque sí. Si así fuera, podríamos utilizarles como instrumento para conseguir otras metas quizás terrenas o quizás eternas. Esta meta solo se consigue cuando cambia nuestra visión de ellos: no son objeto, sino que son un valor que es capaz de enriquecernos a nosotros mismos y evangelizarnos. Como recuerda el papa, el pobre, "cuando es amado, es estimado como de alto valor" (EG 199). La opción por los pobres supone, por tanto, valorar la persona del pobre por lo que es, como es, por lo que hace, con su cultura, por su belleza en sí. Esta es la novedad: esta relación entre belleza y pobreza que descubre el amor.

Dicha opción por los pobres nos hace estar muy atentos a la realidad en la que vivimos y salir en la búsqueda de las nuevas pobrezas que hoy se dan junto a nosotros: los migrantes (EG 210); la trata de personas (EG 211); las mujeres que sufren exclusión o maltrato (EG

²⁸ Puede consultarse también: A.V., *La Iglesia del papa Francisco: los desafíos desde Evangelii Gaudium*, Madrid 2014.

212); los niños por nacer (EG 213); los problemas ecológicos provocados por una economía avasalladora (EG 215).

b) *Iglesia martirial*

Tal y como se nos ha descrito en el documento, la realidad de exclusión y de pobreza tiene una causa fundamental: el sistema económico y el modelo social vigente. Si el sueño consiste en hacer realidad una Iglesia pobre y para los pobres, no se puede jugar a dos aguas: no se puede estar con los pobres y hacer opción por ellos, y aprovechar y disfrutar los placeres de un modelo económico injusto. Es fundamental señalar con el dedo al causante de esta deshumanización que se está produciendo en términos dantescos. Cuando uno toma parte por los pobres lo hace con todas las consecuencias. Se inserta así en la dinámica martirial que ha estado presente en la historia de la Iglesia, y de la que el continente latinoamericano ha tenido tanta experiencia. No extraña, por tanto, que, al recuperar esa dimensión de lucha por la justicia, los ecos del documento papal en el *Tee Party* y en otros sectores neoconservadores norteamericanos no hayan sido muy elogiosos, sino al contrario bastante críticos y despectivos²⁹. Porque tomar partido por los crucificados conlleva acompañar a Cristo en la Cruz.

c) *La cuestión de la propiedad*

Es curioso que el papa Francisco vaya abordando en alguna ocasión de su pontificado la cuestión de la propiedad (EG 189). Y es que su recta comprensión es un elemento clave para afrontar la cuestión que nos ocupa: pobreza y propiedad privada se relacionan, como en tantas ocasiones ha señalado el discurso marxista. En el fondo, aquella es provocada por una concepción excesivamente liberal del concepto de propiedad que la utiliza con vistas al mero beneficio particular y que excluye su dimensión social. En efecto, durante siglos se ha sostenido que el derecho de propiedad privada es un derecho natural y sagrado al que se subordinan y del que dependen todos los demás derechos humanos, por fundamentales que sean. Ese pensamiento, utilizado por sectores conservadores que se apropiaron del

²⁹ V. Navarro, *El Papa Francisco y el capitalismo*, en www.fundacionssistema.com/Info/Item/Details/5004 (consulta: 12-febrero-2013).

cristianismo, está en la base de tanta exclusión. Urge por ello afrontar decididamente la cuestión y redescubrir el sentido verdadero de la propiedad. Es importante desactivar todo discurso que convierta la propiedad en sagrada, para colocarla en su justa comprensión que es el destino universal de los bienes. La visión cristiana de la propiedad incide en la función social que posee, de tal manera que le da un marco de comprensión a la propiedad privada mucho más exigente y social³⁰. Recuperar este discurso y hacerlo vida es otra consecuencia concreta del compromiso por los pobres.

CONCLUSIÓN

El papa Francisco nos indica una hoja de ruta para nuestra Iglesia que pasa necesariamente por la conversión a los pobres. Lo que ha sido una de las notas de la Iglesia en los momentos de su máximo esplendor es el camino de reforma que hoy es preciso tomar. El proyecto de Francisco de "restaurar la Iglesia" pasa por la propia experiencia de "esposar la pobreza" del santo italiano. La reforma no viene dada tanto por los cambios en las estructuras de poder o de organización, sino que es provocada por la propia misión a la que es convocada: "me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista; a poner en libertad a los oprimidos; a proclamar el año de gracia del Señor" (Lc 4, 18-19).

³⁰ Son muy interesantes para aclarar todas estas cuestiones estos dos cuadernillos de D. Velasco, *La propiedad ¿es un robo?*, Barcelona 2008; Id., *Hacia una visión cristiana de la propiedad*, Barcelona 2008.